

# LA MIRADA DE ÁLVARO

"No me creo retratista sino un pintor que a veces hace retratos". Esta confesión de Álvaro Delgado, "autorretratándose" para un suplemento cultural, me pareció bien legítima y razonable, y más cuando el artista remacha sus razones en el sentido de que su gusto por los diferentes temas depende del momento en que los aborda: "Diría que en lugar de preferir temas lo que prefiero es pintar cuadros".

Pero uno tiene su idea -una fijación personal- que no omitiré en estas pocas palabras: Me ha dado por pensar y seguramente lo he escrito -que Álvaro mira, descubre, selecciona... y retrata siempre. Retrata, por supuesto, los rasgos del alma de las personas (los rasgos físicos son sólo un simulacro de lo que vive dentro), pero no menos lo hace con el árbol o el bodegón, con la materia -nunca inerte- de los objetos. Vayamos al diccionario académico, porque a veces nos olvidamos de las prístinas acepciones: "Retrato es la pintura o efigie que representa alguna persona o cosa". Con sus cualidades morales, me atrevo a añadir; porque jamás nuestro pintor sostendría que es inanimado el tronco rugoso del castaño o el barro de una jarra o la trenzada humildad de una cesta...

Ahora resulta que Álvaro Delgado me ha incluido a mí, a mí, en su obra luminosa de plenitud. Y lo mismo que me asustan los rayos X, los temerarios análisis de los médicos, miedo me da que este señor de mirada invasora haya hecho mi retrato. Temo que se me vean las resignadas incertidumbres, la ironía como defensa, la empañada lejanía con que mis ojos suelen disimular el amor, quizá ese pizco de melancolía con que atardece en mi pueblo a la hora de contar historias.

**Antonio Pereira**